

El beso más ardiente

UN CUENTO
PARA TODOS

Que alboroto había aquella tarde en la clase de labores; todas reíamos, charlábamos, gritábamos... a la vez. En realidad, esto ocurría todos los días; no importaba que fuéramos ya personas mayores, que nuestros estudios hiciera ya años que los habíamos acabado. La clase de sor Pilar todas las tardes — no sé lo que ocurriría por la mañana — presentaba el mismo aspecto que cuando teníamos diez años.

Dos fuertes palmadas nos hicieron callar por un momento. La voz de sor Pilar, que quería ser enérgica, se dejó oír:

— Vamos, niñas, un poquito de silencio — calló un momento y luego continuó —. Si os estais calladitas, os contaré un cuento.

— ¿Un cuento? — dijo María Esther —. Eso es para las pequeñas.

— Un cuento para todas, hija mía — respondió la voz siempre dulce de sor Pilar —, y como nos encontramos muy cerca de día del Domund, nada mejor que un cuento misional.

— ¡Ah!, vamos — se oyó de nuevo a María Esther —, algo para «rascarnos» los bolsillos.

Su voz desagradable me hizo daño en los oídos.

— Al final pasará usted la bandeja. ¿No es eso?

Pero sor Pilar, espíritu sutil y delicado, creo que ni debió oír las palabras irónicas de su suspicaz alumna, pues con una sonrisa comenzó diciendo:

«Erase una vez que se era...»

* * *

La «canción» inconfundible de la selva, su murmullo misterioso e inquietante — sobre todo para el que no la conoce — parecía querer acompañar las palabras de la madre Asunción, que, sentada en el tronco de un árbol derribado y a la sombra de una pequeña colonia que impedía la visión del océano, explicaba a una linda nativa — que, aunque vestida como las hijas del país, cubría su cuerpo pudorosamente, dándonos a conocer que era cristiana — cómo el Hijo de Dios había venido a la tierra y después de caminar treinta y tres años por los ásperos senderos de la vida murió en una cruz para salvar a nosotros, pecadores...

Se ha detenido en su relato la madre Asunción. Mira de reojo a la muchacha — que, aunque aparentemente escucha con atención, no puede disimular su inquietud — y sonrío comprensiva.

— Bueno, vete — le dice —. Ya he oído su silbido lo menos tres veces. Ve, hija mía, pero no te alejes demasiado. Sé formalita.

— Sí, madre.

Besó la niña el rosario de la religiosa y, echando a correr, desapareció tras la colina. Los ojos, ya cansados de la buena monjita la siguieron complacientes. Lo recordaba como si hubiera sucedido ayer. Una madrugada había aparecido la niña a la puerta de la Misión. Un milagro era que los chacales no la hubiesen destrozado. Todas la acogieron amorosamente, pero la que entonces solamente era sor Asunción la cuidó como una madrecita. Ciertamente que no todo había salido como ella había soñado, pues su deseo hubiera sido que la pequeña fuese religiosa; pero...

Abstraída en sus pensamientos, caminando lentamente y ayudándose con su pequeña cayada, la madre Asunción había coronado la colina. Ante ella la inmensidad de océano, en absoluta calma.

Por la arena de la playa, dejando que las olas besaran sus pies desnudos, cogidos de la mano y mirándose dulcemente a los ojos, caminaban dos enamorados. Ella, la ahija-

da de la madre Asunción. Él, el mancebo más apuesto, más servicial y mejor cristiano de toda la Misión. Contemplándoles, sonreía la buena religiosa; sin duda pensaba que el amor honesto, noble y desinteresado también es altamente agradable a los ojos de Dios.

Llegaban voces desde el puerto, palabras que, pronunciadas en la adorable y sonora lengua de Cervantes — aunque proferidas por rudos marineros —, tuvieron la virtud de hacer estremecer a la santa misionera. Volvió su rostro y vió como en el puerto un barco de carga descargaba su mercancía.

En la punta del palo mayor, descolorida y ajada por el sol y el viento de todos los mares — aunque a ella le pareció recién estrenada —, ondeaba, dulcemente mecida por la brisa, la bendita enseña de la lejana Patria. ESPAÑA.

Le temblaron a la madre Asunción la barbilla y las piernas. En sus ojos pequeños e inquietos había una lucecita de emocionada esperanza. La visión de aquel barco feo y destartado la había decidido: regresaría a la Patria. Al fin iba a emplear aquel permiso tantos años guardado en el bolsillo y que ya empezaba a romperse por los dobleces.

En la calma infinita, la campana de la pobre capilla de la Misión vibró en el aire, llamando a la oración del «Angelus». Su sonido hizo estremecer a la madre Asunción. Dió la espalda al puerto y vió como en la selva los nativos que talaban los árboles bajaban la cabeza reverentes al tiempo que sus labios se movían, sin duda, en oración; y allá en las afueras del poblado, un viejecito que removía la tierra hacía sobre sí la esperanzadora señal de la cruz. Volvió sus ojos hacia el mar y lo primero que vió fué a nuestros dos ya conocidos enamorados arrodillados en la arena de la playa rezar con recogimiento la oración de la tarde...

Estaba emocionada. Todo aquello era prueba de que ella también había puesto su granito de arena — yo diría de oro — en la obra inmensa de nuestras Misiones.

Miró al cielo y... ¿Qué pasó en el ánimo de la santa misionera? Ella acababa de hacer una renuncia heroica, magnífica y altamente agradable a los ojos de Dios. ¡No regresaría jamás!

Los brazos cruzados sobre el pecho. La barbilla levantada en un gesto de noble y loable orgullo. Parecía un caudillo victorioso contemplando el paso de sus huestes vencedoras. Pero había lágrimas emocionadas en sus ojos. Llevó la punta de sus finos dedos al borde de sus labios y en ellos depositó un dulcísimo beso que, extendiendo su brazo, se lo envió a la gloriosa bandera de la añorada Patria.

Yo diría que aquel beso fué el más noble, más dulce, más santo, más bueno y, al mismo tiempo, el más ardiente que la marea del gran océano arrulló en la hora de aquel atardecer.

* * *

Cuando sor Pilar acabó su relato, ya nadie reía, ni hablaba; todas meditábamos. La buena profesora de labores nos contempló unos momentos por encima de los cristales de sus gafas.

— Bien — empezó diciéndonos —. Como sé que el coser no os quita de hablar, nada mejor para emplear nuestra palabra que la oración. Oremos, hijas mías, oremos por las santas Misiones. Ellas también necesitan de la lluvia benéfica que produce la oración bien hecha.

En el silencio de la clase, nuestras voces se unieron en una oración sencilla, fervorosa y emocionada: «Padre nuestro, que estás en los cielos...»

Florencia M.^a Ortiz